

cuatro alcazales exquisitos. También mandó dar diez ducados á cada una de las otras moras que danzaron, para que no quedasen envidiosas y desconsoladas, y deste modo todas estuvieron muy contentas. ¿Quién podría pintar la satisfaccion y contento del capitán Maleh al ver danzar á su dama con tanta gracia, y que todos envidiaban la dichá que tenia de servirla? Pero él no conocia entonces el suceso que le amenazaba, y de que hablaremos mas adelante; porque la infeliz fué después muerta á manos de los cristianos, sin parar su consideracion en aquella hermosura.

Luego que acabaron de bailar las moras, mandó Abenhumeya que los aficionados á la música tañesen y cantasen; y aunque eran pocos los sobresalientes, diremos algo de los que mejor cantaron y tañeron. Hizolo el capitán Derri, y muy bien; Puertocarrero, que era galán y enamorado, cantó en arábigo la siguiente cancion:

Hermosa y bella Granada,
Donde tengo mi alcion,
¿Si fueras al escudron
De los moros entregada!
Así tus frescas riberas
De Inadamar taraguit,
Con las del fresco Jenil,
Y en tu Alhambra mis banderas!

Si fueses ya de aquel bando
Que te despa tener,
Donde pueda más valer
Abenhumeya Fernando,
¿Cuál danza yo la zambra,
Quitado ya de querellas,
Con hermosas moras bellas
En ti, mi querida Alhambra!

Cantó así el capitán Puertocarrero sabiendo muy bien lo que era Granada y sus fréscuras; y todos los que estaban allí, especialmente Abenhumeya, quedaron muy prendados de la cancion, pues tanto frisaba con su deseo. Después de Puertocarrero, Gironcillo, que era granadino, y habiendo oído cantar de su patria, renovó la memoria de sus tiernos años, acordándose de aquel florido tiempo, y desliziándose lágrimas de sus ojos, tomó el laud, y en él cantó sin perder el hilo de la materia comenzada por Puertocarrero. Hacíalo tan suave y sentidamente, que de sus sonidos quedaban todos suspensos, y con igual placer le oyeron esprimir en castellano la siguiente cancion:

Si don Fernando Muley
En el Alhambra estuviera
Con una y otra bandera
Gobernando como rey;
Si el encumbrado Albaicín,
Y toda aquella Alcazaba
Que el rey Chico gobernaba,
Nos diera en glorioso fin,
Y estuviéramos triunfando
Con mil despojos y arreos
De los cristianos trofeos,
Y Abenhumeya reinando;

Si de Darro la riqueza
Poseyera el bando moro,
Y le sacara aquel oro
Que tiene con tal riqueza;
Si de la Vega hermosa
Se cogiera el bello fruto,
Y al perro cristiano astuto
Se diera muerte afrentosa;
Abenhumeya estuviera
En descanso y en reposo,
Y como rey poderoso
A todos mercedes diera.

Cantó esto Gironcillo tan bien y con tanta gracia, que á todos dejó enamorados; y aunque otros muchos moros quisieron competir con él, se llevó el premio del caballo, por haber sido su cancion la mas grata. Mandó luego Abenhumeya que cantaran las moras mas hermosas, y porque no sabian tocar el laud fué necesario tomar un adufe, y que al son del y de unas sonajas á la usanza mora cantaran un romance. Ultimamente, importunada la hermosa Luna, cantó en arábigo esta cancion:

De nuestro rio Almanzora
Las flores se vuelvan tales,
Que produzcan inmortales
Con gozo de gente mora;
Y que se vuelva Granada
A sus pasados contentos,
Y los moros pensamientos
La hagan aventajada;
Y los capitanes moros
Sean todos colocados

En la rueda de estimados,
Llenos de ricos tesoros;
Y que á las moriscas todas
Destas sierras y Alpujarras
Les den cristianos por arras
Cuando celebren sus bodas;
Y se vea Abenhumeya
En Granada coronado,
Y poseyendo su estado,
Sea como el de Tarpeya.

En esto de Tarpeya hacia Luna alusion á Neron el cruel, como sabedora de las asechanzas que algunos pusieron á la vida de Abenhumeya, obligándole á andar escondido; y así le trajo á la memoria la venganza que sobre ello podia tomar siendo rey, y siguiendo el ejemplo de aquel emperador. No holgó poco el reyecillo de la advertencia, y puso luego en ejecucion su venganza, como diremos mas adelante, aunque le costó la pérdida de la vida y del reino. Otras muchas moras cantaron después de Luna, pero no tan bien como ella, y así se llevó la ropa prometida. Después de dado el premio, una de las moras que estaban allí ofreció cantar voluntariamente, y no por codicia de ninguna ganancia. Abenhumeya la dijo que can-

tase, y que tan bien podria hacerlo que la diera otra joya. Era la mora muy hermosa, y vestida de luto por tener el corazon enlutado con la pérdida de su padre y de cuatro hermanos que murieron en la batalla de Verja; su pueblo era el Deire, que habiendo sido saqueado de cristianos, la forzó el irse á Purchena con sus deudos. Obtenida la licencia para cantar, la trajeron el adufe, y dijo que no queria tañerle, sino que la trajeran un plato de estaño, porque con él habia de hacer el son. Traido el plato le tomó la mora, y comenzó á hacerle bailar encima de una mesa moviéndole con una mano, y del movimiento que le daba resultaba un sonido sordo y melancólico, que provocaba á tristeza á todos los que le oian; después, poniendo los ojos en Abenhumeya llenos de lágrimas, que salian de su corazon, cantó con voz suave y delicada la siguiente cancion:

La sangre vertida
De mi triste padre
Causó que mi madre
Perdiese la vida;
Perdió mis hermanos
En batalla dura,
Porque la ventura
Fue de los cristianos;
Sola quedé, sola
En la tierra ajena;
Ved si con tal pena
Me lleva la ola!
La ola del mal
Es la que me lleva,
Y hace la prueba
De dolor mortal.
Dejadme llorar
La gran desventura
Destá guerra dura
Que os daré pesar.
De las blancas sierras,
Y rios y fuentes,
No verán sus gentes
Bien de aquestras guerras;
Menos en Granada
Se verá la zambra
En la ilustre Alhambra
Tanto deseada;
Ni á los Aljares
Hechos á lo moro,
Ni á su rio de oro,
Menos á Comares;
Ni tú, don Fernando,
Verás tus banderas
Tremolar ligeras
Con glorioso bando;
Antes destrozadas,
Presas y abatidas,

Y muy doloridas
Tus gentes llevadas
A tierras ajenas;
Meidas en hierros
Por sus grandes yerros
Pasarán mil penes.
No verán los hijos
Dónde están sus padres,
Y andarán las madres
Llenas de litiijos.
Con eternos llantos,
Muy descurtidos
En sierras, collados,
Hallarán quebrantos.
Y tú, don Fernando,
No verás los males
De los naturales
Que te están mirando;
Porque tus amigos
Quiere el triste hado
Te habrán acuchado,
Siéndote enemigos.
Otra rey habrá
También desdichado
Que amenaza el hado,
Como se sabrá.
Y tú, Ibaabquí,
Por cierto concierto
También serás muerto;
¿Mezquino desd!
Los cristianos bandos
Viepan poderosos
Volverán gloriosos
Despojos llevando
Y yo estoy llorando
Con gran desventura,
Y la sepultura,
Ya me está aguardando.

Cantó esto la hermosa y dolorida mora, y al final dió un suspiro profundísimo, que parecia habersele rasgado el corazon, y á vista de todos se quedó muerta del grave dolor que de su cancion habia sentido. Quedaron todos maravillados del tal suceso, y mas que ninguno Abenhumeya, temeroso de aquel mal pronóstico que la mora habia declarado de que seria muerto á manos de sus amigos. Los capitanes y caballeros que allí estaban dijeron que seria error dar crédito á semejante vaticinio, y hacer gran cuenta de lo que la mora habia cantado. Abenhumeya la mandó enterrar honradamente, y todas las moras que presenciaron su muerte la lloraron mucho, pensando en la desventura que las habia pronosticado.

Estando en esto Abenhumeya, llegó un moro de las Alpujarras diciéndole que habia necesidad de que el ejército fuera al instante acia la parte de Andarax, las Albuñuelas y Guajaras, porque en Granada habia grande revolucion, y habia llegado el bravo capitán Céspedes; que pasando allá pronto el campo moro podrian cogerse los frutos de las tierras, que eran grandes, de uva, higo, pasa, peros, servas y membrillos; avellanas, nueces, castañas, almendras y otras cosas semejantes; no dando lugar á que se aprovecharan dello los cristianos que salian de los presidios de Orjiva buscando provisiones para su sustento. Con esta noticia no quiso Muley que se acabasen las fiestas, faltando todavía la prueba de los tiradores de escopeta; y en seguida hizo marchar al ejército sin parar hasta Valor, y de allí pasó á un lugar llamado Lucainena, donde se juntó consejo de guerra para arreglar las operaciones correspondientes á la empresa que se tenia entre manos. Acordaron que dos mil moros partieran al instante acia

las Albuñuelas y al puerto de la Ragua, porque se tenia noticia de que muchos cristianos, por orden de don Juan de Mendoza, hacian allí un fuerte para poner gente de presidio que guardara aquel paso, donde los moros de aquellos lugares saltaban las escoltas y les tomaban los bastimentos; de manera, que los que estaban en el real de Orjiva padecian grande necesidad y no podian sostenerse. Para este fin habia en la altura del puerto de la Ragua obrando aquel fuerte una compañía de mas de cuatrocientos tiradores. Dieron en ellos los moros, y como eran muchos desbarataron á los cristianos, dejando muertos á muchos dellos y tomándoles la bandera y sus armas. Algunos pudieron escaparse de allí, ya acia Granada, ya al real de Orjiva, donde estaba don Juan de Mendoza, que sintió grave pesadumbre del suceso.

Mas no paró aquí la desgracia: el valeroso capitán Céspedes, por orden del señor don Juan de Austria, estaba puesto de presidio en la puente de Tablate para que los moros de la sierra no pudiesen bajar á los lugares que estaban sobre el camino de Granada; y habiendo tenido noticia de la derrota de los cristianos del puerto de la Ragua, deseoso de vengar la injuria, subió con su compañía á lo alto de la sierra buscando al enemigo. Ciertamente la salida fué desordenada, y así correspondió el éxito. Los moros, reconociendo al instante la poca gente que traia, le acometieron con valor, y á poco tiempo toda la compañía con su capitán fue desbaratada, quedando este muerto en el campo y su cuerpo después hecho pedazos, pues por la fama de su valor no hubo moro que no le hiciese herida; cogieron la bandera, y llevaron por gran reliquia el alfanje ensangrentado de Céspedes al reyecillo. Sin embargo, Céspedes vendió bien cara á los moros su vida, peleando antes como varón fortísimo, porque se hallaron mas de cien moros partidos por su mano desde los hombros hasta la cintura con la fuerza de su poderoso brazo, manejando una espada valenciana que era la mejor del mundo, ancha de tres dedos, y tan fornida que pesaba catorce libras. Doy fe de que la vi en Vera, la tuve en mi mano, y presencié el acto de pesarla. Fué tanto mas dolorosa la pérdida deste valiente capitán y los suyos, cuanto que don Antonio de Luna, que venia del real de Orjiva, pudo muy bien socorrerle habiendo llegado muy cerca de allí, de modo que vió la batalla por sus propios ojos. Quiso luego disculparse alegando que no estaba tan cerca, y que no podia salir del cumplimiento del orden que llevaba; pero este descargo es despreciable; porque ¿quién ve á sangrefria una batalla entre moros y cristianos, que no presta ayuda á los de su partido, y los deja perecer por no salir un punto de los limites de la orden que lleva? En mi opinion á lo menos, don Antonio de Luna no quedó acreditado en esta ocasion de valiente ni de buen soldado. Luego se supó en Granada todo lo que llevamos referido, y dello sintieron gran pesar el señor don Juan de Austria y el marqués de Mondéjar; por lo cual queriendo ver pronto aquella guerra fenecida y escusar tantos males, se mandó enviar mucha gente en seguida al marqués de Vélez, quien, como ya dijimos, estaba en Adra aguardando órdenes de su Majestad.

CAPITULO XV.

En que se declara cuánta y cuán lucida gente se envió al marqués de Vélez; cómo este y el comendador mayor se recibieron bien en un acuerdo que se tuvo, y el marqués de la Fabara se indignó con el de Vélez sobre un punto de honra.

Así que se supo en Granada la derrota del valeroso capitán Céspedes, y lo mal que don Antonio de Luna se habia portado no asistiéndole ni favoreciéndole, por lo cual se despojó á Luna de su grado, y también del descalabro de los cristianos que estaban en el puerto de la Ragua, el señor don Juan de Austria, muy pesaroso destos dos quebrantos, mandó á don Rodrigo de Benavides, caballero muy principal, que saliese de Granada con seis mil hom-

bres, y los llevase á Orjiva, donde don Juan de Mendoza tenia bajo de sus órdenes el campamento cristiano; pero llegando á Guadix vió que este pueblo necesitaba de custodia; por lo cual mandó que se quedaran allí mil hombres de presidio, y pasó á Orjiva con cinco banderas y el resto de la gente. El marqués de la Fabara salió también de Granada para este mismo efecto con setecientos hombres, bien armados y tiradores todos, y con mas de cien caballeros hijos-dalgó de Murcia y de otras partes. Llegada que fué toda esta gente á Orjiva, se dió orden al general don Juan de Mendoza para que fuese al campo del marqués de Vélez en Adra, llevando cuatro mil hombres bien armados; y que para esto pasará á Motril, donde se embarcara con aquellas tropas en las galeras de su Majestad. Don Juan de Mendoza, en cumplimiento desta orden, levantó el campo, y atravesando las Alpujarras por malos caminos y asperezas, llegó á Motril, donde estaban ya las galeras de Nápoles, y con ellas el comendador mayor al frente de la tropa de don Pedro de Padilla, que era toda muy brava y belicosa. Embarcados en las galeras de España unos y otros soldados, fueron trasportados á Adra donde estaba aguardándolos el marqués de Vélez, el cual, luego que todos saltaron en tierra, puesto en parte de donde pudiera verlos bien, les pasó revista, y se holgó mucho de ver tanta infanteria y tan bien armada.

El marqués de la Fabara, luego que saltó en tierra, como buen soldado se presentó al marqués de Vélez delante de su gente que era muy buena, y habiéndole hecho su acatamiento, le dijo: « he venido aquí con setecientos hombres bien dispuestos para servir á vuestra señoría en esta guerra. » Como el de Vélez tenia tratamiento de excelencia, quedó poco contento del marqués de la Fabara que le habia dado señoría, y así le respondió: « vuestra merced sea muy bien venido; aquí todos estamos prontos á servir á su Majestad. » Como entendió el de la Fabara el menosprecio del marqués faltando á corresponderle con el tratamiento de señoría, desde entonces le cobró mortal odio, y de allí adelante jamás se avino con él. Pasó luego la gente del tercio de don Pedro de Padilla, que era toda muy lucida y compuesta de soldados viejos de los tercios de Nápoles; era además digna de notarse su bizarria, porque venian muy galanes. Saltó luego en tierra el comendador mayor, y presentándose al marqués de Vélez fué recibido por él con la distincion que merecia, y era correspondiente á un señor de tan alta clase. Al otro día se entró en consejo de guerra para enterarse de las órdenes de su Majestad y acordar lo que se deberia hacer. En este consejo, segun dice Rufó en su *Austriada*, el comendador mayor y el marqués de Vélez se repuntaron, lo cual es falso: túvose como era razon, guardándose los miramientos debidos entre tan grandes caballeros en aquella coyuntura; y en fuerza de lo acordado el comendador mayor tomó luego con las galeras la vuelta de Málaga, dejando al marqués de Vélez con un ejército de once mil hombres de infanteria y ochocientos de caballeria, todo escogido y sobresaliente. Muy contento el de Vélez con estas fuerzas, y enterado de lo que habia de hacer, mandó que el campo marchara la vuelta de Lucainena en busca del enemigo que le aguardaba allí, aunque estaba sabedor ya de la mucha gente que el marqués tenia. Abenhumeya no por eso se acobardó, juntando en su campamento mas de veinte mil hombres, todos ya muy bien armados, sin contar otros treinta mil que, ó estaban en sus lugares, ó andaban repartidos por las sierras recogiendo los frutos maduros, que eran muchos, como ya hemos dicho. Levantado el campo, el marqués de Vélez dió la vanguardia al reino de Murcia para la primera embestida que se diera al enemigo; y marchando con mucho orden acia Lucainena, luego que tuvieron delante á los moros, se detuvo su excelencia un dia entero sin hacer cosa alguna, considerando la disposicion que deberia tomar para dar batalla al enemigo. Como

los soldados viejos y otros caballeros vieron que el marqués retardaba y nada disponía, no entendiendo los motivos que pudiera tener para ello su buen general, mostrando grande arrogancia principiaron á murmurar dél, y á decir cosas propias de soldados fanfarrones y lenguaraces. «Pese á tal, decían unos, ¿es este el león que se come los hombres?» Otros exclamaban: «¿y es este el bravato que tanta fama tiene por el mundo?» Y otros últimamente gritaban: «voto á tal, que no vale un ardite, pues viendo á los enemigos no osa embestirlos.» Estas y otras insolencias semejantes decían los soldados viejos de Nápoles, los del marqués de la Fabara, y á su ejemplo otros andaluces. Llegó todo á noticia del buen Fajardo, que ya había tenido ocasion de oír por sus mismos oídos estos improperios, y lleno de cólera, como hombre no acostumbrado á sufrir demasías de nadie, disimulando con prudencia mandó reunir á todos los oficiales, capitanes, alféreces, sarjentos y caballeros principales que estaban en su ejército, y cuando los tuvo juntos, mirándolos audazmente les habló desta manera:

«Valerosos capitanes y soldados fuertes, cuyo contento es seguir las tremolantes banderas del furibundo Marte, sabed: que en estreño holgara mas de ser un pobre soldado, reducido á arrastrar una pica ó disparar un arcabuz, que de ser general, y llevar tan trabajoso cargo como el que su Majestad ha hecho merced de darne; porque siendo soldado, en cualquier ocasion mostraria el valor de mi persona, y desempeñando mi obligacion tendria nombre, y seria respetado mas de lo que lo soy ahora siendo general. Fórmase concepto de que ando en esta guerra á tardó paso, y que no hago aquello á que estoy obligado; pues no es como se presume y de mí se murmura, porque yo no salgo de las órdenes que se me dan. Si por mí fuera, ya estuviera asolado todo el reino de Granada y aun toda el Africa; y para que se vea ser así como digo, y no escusa propia, tomad esa carta de su Majestad, y ved lo que en ella se contiene.» Mandó luego que se leyese la carta del rey, y decía así:

«Amado pariente, en la guerra que llevais entre manos, proceded de modo que antes quede reducida por bien esa rebelada gente, que obligada por todo rigor. Procurad darla buen fin, y cuando no pudiere ser de otra manera, obrad á vuestro albedrío. De Madrid etc.»

Este era el contenido de la carta del rey, que ofrecía bastante descargo para cortar la murmuracion que andaba contra el valeroso marqués, quien siguiendo su razonamiento, añadió entre otras cosas: «si alguno de los Guzmanes quiere probar mi valor y saber adónde llega, luego que me vea descargado del mando que me ha dado su Majestad, me hallará en Vélez, donde quedará cumplida su voluntad en cuanto me demande, de la suerte que quisiere.» Al decir esto el valeroso Fajardo parecia que lanzaba centellas de sus ojos, y mostraba tan horrible aspecto, que mirándole á la cara no había hombre que no tuviera temor. Todos aquellos capitanes y caballeros se maravillaron de las espresiones del marqués, aunque muchos no dejaron de entenderlas, pues era cierto lo que había dicho, sintiendo que no le faltaban émulos en el campo.

A otro dia puesto en orden su ejército, llegó á una llanura grande cerca de Lucainena, en donde se le mostraron los moros en gran muchedumbre y muy bien armados. Don Juan de Mendoza sin orden del marqués tomó la vanguardia, dejando de batalla al reino de Murcia, y luego se comenzó una escaramuza brava, porque los enemigos estaban á la orilla de una rambla grande, y de allí se defendían y ofendían valerosamente. Pero el esfuerzo de los cristianos pudo mas, é hicieron tanto, que á los moros les convino el retirarse peleando para otra parte de la rambla, y á pesar de toda su braveza tuvieron al fin que desamparar el puesto y tomar el camino de la sierra. Llegó

el marqués, y viendo que don Juan de Mendoza sin aguardar ninguna orden había dado la batalla, muy enojado por ello le reprehendió con ásperas palabras diciendo: «ved, don Juan, que hoy no habeis obrado como buen militar, pues habiendo yo dado la vanguardia á los de Murcia vos os la tomasteis, y sin orden mia acometisteis al enemigo, no teniendo consideracion al notable daño que os podia venir; os aseguro por el hábito de Santiago, que habeis puesto todo el campo en riesgo de perderse por un acometimiento tan mal entendido como el vuestro; y si con efecto se perdiera, no se os atribuiria la culpa, sino al general. Quiero pues que sepais que esta liebre no se ha de tomar con el galgo, sino con el carro, y estad de aviso para otro dia, que sin orden no acometais en parte de donde podria veniros notable daño.»

Viendo el marqués que se retiraban los moros tomando la vuelta de Valor, se fué á Ojjar, donde estuvo alojado un dia, y al otro pasó á buscar al enemigo, y le encontró aguardando con grande confianza y poderoso ejército la batalla junto de Valor el Alto. Para desalojar á los moros de una altura que tenían tomada, el marqués sacó del campo dos grandes cuerpos de arcabuceros; dió el mando de uno á don Pedro de Padilla, que tomó la mano sinestra, y el del otro al marqués de la Fabara. En el de don Pedro de Padilla acertaron á caer algunos caballeros de Murcia muy señalados por su valor, los cuales eran Alonso Galtero y Nofre Ruiz, capitanes, con Salvador Navarro, que de alférez de la caballería fué electo capitán della, porque don Juan Pacheco estando indispuerto se tornó á Murcia desde Adra: también iba Andrés Navarro, hermano deste último, y mancebo de mucho valor, que no perdía ocasion de distinguirse, ora con la lanza, ora con la escopeta. Llevaba este caballero á su costa y mision sirviendo á su Majestad dos caballos y seis criados. Además destos sobredichos se señalaban entre la gente de Murcia los valerosos soldados y caballeros Juan de Tordesillas, Francisco de Lison, Alonso Lázaro y Francisco Pinar, veterano de Flandes y ayudante de sarjento mayor. El marqués de Fabara con el cuerpo de su mando, compuesto de gente aventurera muy lucida, tomó la mano derecha puesto de batalla, y vanguardia todo lo restante con la gente de don Juan de Mendoza, la del reino de Murcia y los de la ciudad de Lorca, á quienes llamaban el *tercio viejo*, por ser los primeros que siguieron las banderas del marqués: llamábanlos también los *pardos* y el *tercio roto*, porque no se arreaban de galas, mirando como las principales para ellos las armas, la pólvora y el plomo, y apreciando mas un palmo de cuerda para la escopeta que una camisa. Por estas cosas se daban dichos apodos de *pardos* y los del *tercio roto* á los de Lorca, que se distinguían por su valor, y á mi parecer inmortalizaban su nombre en cuantas ocasiones se echaba mano dellos.

Así como el marqués tuvo repartida su gente en la forma que hemos dicho, marchó en busca del enemigo, que no menos diligencia ponía en su defensa, y se hallaba ya prevenido para recibirle con todo valor. Los que primero comenzaron á escaramucear fueron los de don Pedro Padilla, que con grande ánimo acometieron, y causaba maravilla la diligencia que ponían en cargar y descargar: también se mostraba valeroso con su gente el marqués de la Fabara. Los cuerpos de batalla y retaguardia embistieron al enemigo por medio, y los que iban delanteros eran los del *tercio* de Nápoles; pero, como soldados de floja complexion y acostumbrados á andar por tierra llana, no hacían lo que era conveniente en aquella ocasion; por lo cual, acercándose á ellos el general, les dijo: «mas os preciáis de galanes de soldados, pues siendo tantos de Nápoles no habeis roto ya al enemigo, como lo requería vuestra arrogante presuncion; pero no os jactais sino de morder y maldecir á quien no conoceis, como gente descomedida que no sabe qué cosa es respeto á sus

jefes, ni tiene consideracion á los que valen mas. Y porque veais ahora ser verdad lo que digo, y sirva para castigo de vuestra soberbia, observad lo que hace la gente que no es de tanta estima como vosotros.» Al punto el esclarecido marqués se tornó al cuerpo de batalla, y mandó salir al *tercio roto* para tomar la altura de una ladera, y que por allí diese en el enemigo con toda furia.

Apenas fué dada esta orden cuando la gente del reino de Murcia salió formando un gran cuerpo de mas de dos mil hombres valerosos, y con ellos los del *tercio roto*, abalanzándose como á un torrente sobre el enemigo, el cual hasta allí había hecho terrible resistencia; pero como viesse que aquellas eran las banderas de Murcia y Lorca, y que no podria sostener su impulso, desamparó el lugar, retirándose á toda priesa de allí, lleno de temor de aquella milicia, y también del efecto que producian en sus líneas unas piezas de campaña que llevaba el marqués. Visto por este que el enemigo desistía de la batalla, mandó que saliese al instante la caballería dándole alcance. El valeroso don Diego de Fajardo, hijo del marqués, correspondiendo á la generosidad de su linaje, arremetió como un trueno, y poniendo los ojos en el guioncillo del rey-zuelo no le perdió de vista, ni dejó de seguirle con tanto teson, que viendo ya este le iba á los alcances, tuvo que valerse de un ardid para libertarse de la muerte; y fué bajar de su caballo, desjarretarlo y subirse á pié con suma lijereza por partes ásperas, inaccesibles á los caballos. Muy pesaroso don Diego de que se le hubiera escapado el rey-zuelo, mandó á un criado suyo llamado Ferrer, que quitase los jaeces al caballo: la mochila era de terciopelo carmesí, hecha de casullas de iglesia, muy rica, y franjada de mucha pasamanería de oro.

Salvo Abenhumeya, huyendo los de su campo por las sierras, habiendo dejado muchos muertos, el marqués de Vélez, reconocida la victoria, juntó unos doscientos hombres de caballería, y dejando el campo á gran priesa se fué á Calahorra: acto á mi parecer inconsiderado, y digno tal vez de improbacion, porque con su ausencia dejó al ejército huérfano de su cabeza. Sin embargo, los demás capitanes eran tales y tan buenos, que no hacía mucha falta su general; y así tomaron alojamiento poniendo una mitad del campo con las avanzadas necesarias en Valor el Alto, y la otra mitad en Valor el Bajo. En esta disposicion aguardaban noticias del marqués, y esperaban saber el motivo que había tenido para marcharse á Calahorra y dejar su gente. Este motivo, segun se aclaró después, fué ir allá en busca de bastimentos, porque no tenía ninguno, y así se lo había escrito al señor don Juan de Austria, que por esta razon pensaba ir con el campo á Calahorra, donde esperaba encontrar las provisiones necesarias. Y con efecto, el de Austria juntó los bastimentos que le pedia el marqués, pero no los había enviado por falta de bagajeros, y por estar largo y muy penoso el camino por la copiosa lluvia que á la sazón se sufría. Hallándose el marqués burlado sin los socorros que esperaba, se tornó al campo, y le halló alojado del modo que hemos dicho, pero con harta falta de bastimentos y de general.

A esta sazón los moros del Padul y de Jergal, que estaban como de paz, tornaron á levantarse, y dellos se formó un cuerpo considerable que se fué á juntar con el rey-zuelo. Por este mismo tiempo fué preso por cristianos Puertocarrero, y llevado á Granada, donde le atenacearon por sus culpas y traiciones. El marqués se volvió á Calahorra con todo el ejército, y halló allí los bastimentos que necesitaba, de lo cual recibió mucho contento; pero luego se mostró una enfermedad grave en el campo, que causaba gran mortandad; de suerte que estaban mas poblados los hospitales de enfermos, que las banderas de soldados dispuestos para la guerra. Así que al marqués le llegó noticia de que se juntaba tanto moro, partió al instante de Calahorra para Fíñana, llevando la vanguardia don

Pedro de Padilla: aquel día se pasaron trabajos por la necesidad que había de atravesar el rio muchas veces, y con todo eso no dejó el campo de andar la jornada de nueve leguas, aunque llegó muy de noche. Todavía estaban los moros á una distancia de otras nueve leguas rehaciendo su campo, con resolucion de dar la batalla al de Vélez, y de una vez concluir la guerra ó fenecer en ella por no pasar tantos trabajos. Abenhumeya, viéndose elevado á tanto poder, y pensando que no tendria menguante su fortuna, quiso tomar venganza de aquellos que le habían perseguido para cortarle la cabeza y llevársela al marqués de Tendilla. Así por muy poca ocasion mandó ahorcar á muchos dellos, los cuales pasaron de trescientos cincuenta, segun yo he sido informado de varios moriscos que seguían sus banderas; y de tal manera procedía el rey-zuelo, que vino á ser odiosísimo á los suyos por sus crueldades. Muchos se apartaban ya dél y se iban por las sierras, y otros se mantenían quietos en sus lugares. Con todo eso era todavía grande el campo de Abenhumeya, y tenía mucho poder, porque su gente estaba muy bien apercebida y armada para ofender á sus contrarios. Entonces se retiraron de sus banderas Gironcillo y otros jefes; porque había mandado ahorcar al capitán Derri, que le persiguió mas que todos en el principio de su reinado, como atrás dejamos dicho.

El marqués, sabedor de que Abenhumeya estaba tan pujante y apercebido para la batalla en las inmediaciones del Boloduy, salió luego de Fíñana y fué á buscarle. Iba muy delante de la infantería, la cual era poca y llegaba cansada; pero sin aguardarla embistió á los moros que habían puesto por industria muchas mujeres y ganados en el Boloduy á fin de que los cristianos cayeran en aquel cebo, y con la codicia del saco olvidasen la pelea. Los moros hicieron resistencia poco rato, y luego principiaron á retirarse; la caballería los iba siguiendo, y á una buena distancia aquellos volvieron con toda furia sobre el marqués y su gente, haciéndoles notable daño; de tal suerte, que como la morisma era mucha y estaba bien armada, lograron que la caballería se volviese atrás, aunque peleando siempre con buen orden. Los hermanos y capitanes Salvador y Andrés Navarro, Juan de Tordesillas, Francisco de Lison y otros muchos valerosos caballeros de Murcia y Lorca se portaron tan bien en esta ocasion, que asistidos de los de su reino fueron parte para que el enemigo no los desbaratase ni les hiciera perder demasiado campo. Ya en esto llegó la infantería de Lorca que fué la primera, luego la de Murcia y su reino, y después don Pedro de Padilla con todos los de su *tercio*, y el marqués de la Fabara, y reunidos todos hicieron tanto que se recobró lo perdido. Amedrentado el bando moro, huyó dejando el Boloduy en poder de los valerosos cristianos, que al instante principiaron á saquearle codiciosamente, reprehendiéndolos el marqués de que en aquella sazón, estando el enemigo tan cerca, se ocupasen de robar, sin consideracion al daño que les podria venir. Mas era tanta la codicia de los soldados, que no oían lo que decía el marqués, ó si lo entendían no hacían caso. Con efecto, luego que el enemigo vió á todos los del campo tan ocupados en el robo y tan descuidados de las armas, rehaciendo á toda priesa un cuerpo grande de mas de cuatro mil hombres, tornaron á embestir al marqués. Este, sañudo como un león contra los suyos, les daba grandes voces tratándolos ásperamente de palabra, y á duras penas pudo distraerlos de su dañada aficion, y reformando sus escuadrones presentarse á pelear con los moros; los cuales rabando de ver que les llevaban sus mujeres y niños peleaban desahoradamente, y fué tanto su teson, que el buen Fajardo tuvo necesidad de retirarse con los suyos, pero defendiendo siempre la presa ganada. Viendo los moros su imposibilidad de recobrarla, muy lastimados desta pérdida y la de mucha parte de su gente, se volvieron al Boloduy, conso-

lándose al cabo con que aquella cabalgada costó la vida á muchos cristianos por andar desmandados en el saco. El marqués se tornó á Fiñana, donde permaneció algunos días reparando el campo de lo necesario, y haciendo curar á los heridos.

Entre tanto Abenhumeya, volviéndose á las Alpujarras, llegó á Adra y halló allí buena guarnición así como en Verja; visto lo cual se fué á Andarax, donde se detuvo muchos días gozando tranquilamente de la próspera fortuna, porque el marqués de Vélez andaba lejos de allí. Ya entonces estaba Abenhumeya aborrecido de todos los de su campo y de los mismos turcos de Arjel por las crueldades susodichas; y entre los capitanes que se separaron de su ejército se señalaron el Nacez, Gironcillo, el Maleh, Garral, Moxajar, Abenaix, y aun además destos otros muchos jefes principales. Aquí principió la desgracia del reyecillo, dimanada del desabrimiento y tiránico proceder de que usó con los suyos, como diremos mas adelante. Ahora pondremos el romance que se hizo por lo que llevamos contado.

Acabadas ya las fiestas
Del reyecillo Fernando
En la ciudad de Burchena,
Do se estuvo solazando,
Un correo le ha venido
A gran prisa suplicando,
Que vaya á las Alpujarras
Donde le están aguardando.
Para recoger los frutos
Que los árboles han dado,
Porque los van destruyendo
Desde Orjiva los soldados.
Luego parte Abenhumeya,
Su campo bien concertado,
Y atravesando las sierras
A Valor había llegado;
Y de allí se fué á Andarax
Por ser mas acomodado.
Despacha cuatro mil hombres,
Todos muy buenos soldados:
Dos mil á las Alpujarras,
Y otros dos mil á otro cabo.
Que es al puerto de la Ragua,
En un peligroso paso.
En donde hacían un fuerte
Muy seguro los cristianos.
Mas los moros dan en ellos,
Y fueron desbaratados,
Y la cristiana bandera
Queda en poder de paganos.
Y los de las Alpujarras
Gran reencuentro han hallado,
Donde emplearon las armas
Contra un capitán honrado.
El buen Céspedes famoso,
Que está en Tablate alojado,
Por grande guarda y defensa
De aquel peligroso paso.
El cual como era valiente
Contra el bando renegado
Acomete con los suyos
Mostrando valor sobrado.
Mas los moros eran muchos,
Y destruyeron el campo,
Do murió el buen capitán
Con renombre aventajado
De valiente, de famoso,
Mas que otro ningún soldado.
Luego en Granada se supo
Aqueste funesto caso.
Y el de Austria luego provee
De enviar mas gente al campo,
Do estaba el de las Orjivas
Aquel socorro aguardando
Para fenecer la guerra,
Que tanto tiempo ha durado.
El que socorro le lleva
Es de un valor estimado,
Don Luis de Requesens
Por este nombre llamado.
De Castilla y de Leon
Es comendador nombrado:
Trájole el tercio de Nápoles
En la guerra bien usado.
El marqués de la Fabara
Con grande huete le ha entrado;

Setecientos hombres lleva,
Todos eran hijos-dalgo.
También don Juan de Mendoza
Le socorre con su campo,
Porque el de Austria así lo ordena,
Y se cumple lo mandado.
Once mil infantes tiene
El de Murcia adelantado,
Y con estos también lleva
Ochocientos de á caballo,
Toda gente valerosa,
Escogida para el caso;
Y los del reino de Murcia
Son los mas aventajados.
Con esta gente el de Vélez
De Adra sale gallardo
En busca del reyecillo,
Que tiene crecido campo.
En Lucainena le halla,
Allí le ha desbaratado,
Y hasta Valor le persigue,
Do el reyecillo esforzado
Le aguarda como valiente,
Mostrando ser buen soldado;
Mas también quedó rompido,
Su campo muy maltratado.
Y él se saltó por la sierra
Del buen don Diego Fajardo,
Que le iba á los alcances
Para prenderlo ó matarlo.
El moro deja la silla,
Y desjarreta el caballo,
Y por lo espeso se mata,
Inaccesible á caballos:
Así es como se escapó
El rey desaventurado.
Triunfante el marqués de Vélez
Con doscientos de á caballo
Se ha pasado á Calahorra,
Por dar provision al campo;
El cual se queda en Valor
De comer necesitado.
Vuelve á él el buen marqués
De Calahorra tornado,
Desde allí se fué á Fiñana,
Porque ya estaba avisado
Que en Jergal ó Boloduy
Gran morisma se ha juntado.
El marqués los fué á buscar
Con su campo concertado,
Do hubo un gran reencuentro,
Y salió el marqués honrado,
Cargado con los despojos
Que tomara al moro bando.
Aunque Rufo en el *Austrada*
Diga de esto lo contrario,
Pues lo que Rufo allí dice
Sobre este reencuentro, es falso,
Que la victoria se llevan
El marqués y sus cristianos,
Y se tornan á Fiñana,
Do quedaron alojados.
El moro se fué á Andarax,
Llevando todo su campo,
Y luego hablaremos del
Y de lo que hizo allí estando.

CAPITULO XVI.

En que se pone cómo Abenhumeya viéndose poderoso pretendió tomar á Motril. Enamórase de la mora Zahara, y el moro Benalguacil, por celos que tiene desta, trata con Avenabó, primo del reyecillo, sobre darle la muerte, urdiendo para el caso una gran traicion.

Ya hemos contado cómo Abenhumeya se alojó en Andarax, y que andaba muy ufano de tener á su servicio tanta gente de guerra, aunque por sus crueldades y soberbias se habia hecho aborrecible. Con todo eso, tenia gran partido entre los moros que seguian sus banderas de buena

voluntad y le querian bien. Entre ellos habia uno muy allegado suyo, llamado Benalguacil, buen militar, gallardo y valeroso, que amaba á una prima suya, llamada Zahara, viuda, porque su marido fué muerto á manos de los cristianos. Zahara era muy hermosa, tenia buena voz, tañia á la morisca y á la castellana, y danzaba estremadamente. Amaba de corazon á su primo Benalguacil, pero de suerte que entre los dos amantes se pasaban secretos sus amores. Este, un dia, hablando con Abenhumeya de cosas de galantería y de damas, como hombre favorecido y bien andante en tener por suya á Zahara, pareciéndole que no se goza el bien que se tiene si no es comunicado, principió á contar al rey que tenia una dama hermosísima, dotada de mucho donaire y gracia, buena cantora y maravillosa bailarina. Tanto la elogió y supo decir della, que Abenhumeya de resultas de haberle oido quedó muy amarelado della y con encendido deseo de verla. Disimulando su propósito á Benalguacil, y sin mandar, como pudiera, le rogó que la trajese á su casa, porque la queria ver, y hacerla grande honra y servicio. Aunque arrepentido ya el amante de haber alabado tanto á su dama, sufriendo su pena, aquella misma noche la llevó á casa del reyecillo, en donde á su ruego danzó y tañó, y dijo la cancion siguiente en lengua castellana:

Tus banderas ilustradas
Veas, rey, con mil trofeos
De los cristianos arreos,
Y con glorias levantadas
Pasando los Pirineos;
Tu ventura sea tal,
Tan alta y tan principal,
Que iguales á Octaviano,
Que fué emperador romano
Con gloria escelsa inmortal.

Y de Granada el imperio
Tengas como tus pasados;
Los cristianos asolados
Queden con gran vituperio
Por tus gentes destruidas;
Y que te canten con glorias
Tus señaladas victorias,
Tanto que lleguen al cielo,
Y á la redondez del suelo
Les sean todas notorias.

Cantó esto la hermosa mora con tanta gracia, que de la suavidad y dulzura de la voz se quedó el reyecillo embelesado y fuera de sí. Luego de todo punto rendido á la bella Zahara, llamó á Benalguacil y en gran porrida le dijo: «amigo, harásme tamaño placer en cederme á Zahara, tu prima, porque sin ella no podré vivir ni una sola hora. En pago deste servicio yo te daré el lugar que quisieres escoger de mi reino, y te daré además, otras grandes mercedes para que vivas contento, tomando otra dama con quien puedas casarte.» Abenalguacil abrasado de furiosos celos, y muy confuso de lo que le habia oido decir á Abenhumeya, respondió: «poderoso señor, no es de reyes hacer agravio á sus vasallos; he tomado á Zahara para esposa, y si tu grandeza quiere quitármela me daría la muerte, y quien lo supiera te tendria por tirano. Pon los ojos, gran señor, en los leales servicios que te he hecho desde que levantaste tus reales banderas, y piensa en galardónarlos como rey, no dejándote cegar de la aficion de unamujer.» Abenhumeya le dijo buenamente: «anda, vete ahora de aquí, y no perturbes mi contento; te he pedido por bien á tu prima, sabiendo que está en mi mano el tomarla por fuerza, y sin darte gratificacion; contentate pues con que te daré bastantes bienes para que vivas, y no me repliques mas en el asunto.—Antes me das con que muera, dijo Benalguacil; pero advierte que aunque seas rey, quedas obligado á pagar la injuria atroz que me haces; hoy podrá ser uno, y mañana podria ser otro.» Enojado desto Abenhumeya, mandó á los de su guarda que prendiesen á Benalguacil. Quisieronlo hacer, pero Benalguacil desesperado, y persuadido de que no podia perder mas de lo que perdía ya perdiendo á su bella Zahara, resuelto á morir puso mano á su alfanje, y sin ningún temor acometió al reyecillo para herirle ó matarle; y sin duda lo hiciera, si no se lo impidieran los mismos de la guardia que se le pusieron delante con los alfanjes desenvainados. Benalguacil dió en ellos poderosamente, los rompió á cuchilladas, y se escapó huyendo á la calle. Como era de noche, tuvo lugar de poderse encubrir, y salió de Andarax yendo en busca de muchos amigos suyos que

se habian apartado del servicio de Abenhumeya, y eran mas de cuatrocientos, todos bien armados.

La hermosa mora, no cesando de llorar por aquella fuerza que se la hacia, se quedó muy á pesar suyo con el reyecillo, que la regalaba mucho y la prometia mas, sin alcanzar que ella dejara de mirarle con aversion, porque preferia los amores de Benalguacil á todo cuanto el reyecillo pudiera darle. Gozaba él de Zahara á su placer; pero no estaba sin cuidado de la guerra y de los medios que adoptaria para sustentarla. Quisiera tomar algun puerto de mar adonde pudiera arribar la gente que le habia prometido el rey de Fez; y con este designio se presentó delante de Vera, donde nada pudo hacer; é imaginando después que tomaria con mas facilidad á Motril, determinó para el caso enviar á los turcos disimuladamente á Valdeleclín, para que el de Austria no sospechase, y sintiendo su intento socorriese á Motril con doblada guarnicion. Luego habló con un primo suyo, llamado Avenabó, buen militar, y le dijo: «cumple á la seguridad de mi corona y á la de todo el ejército, que salgas al instante con los turcos á Valdeleclín; y si se cumple lo que pretendo, recibirás después otro aviso, el que guardarás y ejecutarás como te fuere mandado, y de las gentes de aquellos lugares, juntando la que pudieres, partireis adonde señale mi órden posterior.» Avenabó, haciendo luego provision para seis dias, partió y se fué á Cadiar, llevando bajo de sus órdenes todo el escuadron turquesco á punto de guerra. Benalguacil tuvo noticia desta partida de los turcos por su dama, que le dió cuenta dello, así como de que el reyecillo les enviaba un correo con la órden que habian de guardar, y como hombre agraviado discurrió algun ardid para darle la muerte. No halló otro mejor que inducir á los mismos turcos á que matasen al reyecillo, poniéndolos desde luego mal con él; y hecho el plan de su traicion, tomó consigo cien arcabuceros, amigos y de su confianza, que también estaban descontentos con el rey, y se fué la vuelta de Cadiar. En el camino encontró el correo que llevaba los despachos, le mató, se los tomó, y habiéndolos abierto vió la órden que llevaba para Avenabó y los turcos. Esta decia así:

«Amado primo: me hareis placer si así como el mensajero os alcance con mi despacho os partís para Pitos de Ferreira, y dad órden de que lleguéis allá antes del amanecer, que es cosa importante. Estando allí, tendreis luego de mi otro aviso, el cual guardareis como os fuere mandado.»

Entendido esto por Benalguacil, acabó de confirmar la traicion que tenia en su pecho, provocado de rabiosos celos contra el tirano; y sabiendo que el reyecillo, por no saber escribir bien el arábigo, tenia que valerse para esto de un secretario llamado Moxajar, el cual andaba también á la sazón agraviado de un mal tratamiento que le habia hecho, y era pariente muy cercano de Benalguacil, á quien acompañaba por favorecerle en cuanto pudiera, leido y entendido que fué por ellos el despacho, le rompieron, y Moxajar formó otro bajo del dictado de Benalguacil, que decia desta suerte:

«Amado y querido primo, valeroso capitán del bando turquesco: á mi corona conviene que á todos los turcos les deis cruda muerte, porque me tienen agraviado, intentando dármele á mí y alzarse con el reino. Para hacerlo mejor, así como este mensajero llegue, aunque sea de noche, saldreis á toda prisa con la gente, é ireis á alojarnos á Mecina, por el camino que sea mas cercano. Cuando esteis en Mecina, y los turcos alojados en su posada, dareis órden para que al punto de la media noche cada huésped mate al suyo; y para esto ahí va Benalguacil con cien arcabuceros, que os podrá dar favor y ayuda. Así como los turcos sean muertos, dadle también cruda muerte á Benalguacil, porque lo merece, y desto sabreis después la causa.»

Estendido este falso despacho, firmado de la mano de Moxajar, y cerrado del mismo modo que acostumbraba hacerlo con su señor, Benalguacil partió luego para el punto en donde estaba Avenabó con el escuadron turquesco: ya le habia llegado un correo con órden para que estuviese alojado en Mecina hasta que se tomase otra disposicion. Avenabó acababa de leer este despacho cuando llegó Benalguacil con sus cien arcabuceros, y le entregó el otro que era falso. Después que Avenabó le hubo leído, se quedó espantado de un mandamiento tan cruel; y muy confuso, no sabia qué hacer; ni qué decir, sino suspirar y agitarse. No podia decidirse á ejecutar una maldad tan grande como la de dar muerte á aquellos que habian pasado el mar por darle ayuda á su primo, y que tan bien le habian servido durante una guerra que aun no estaba fenecida. Benalguacil, luego que vió al capitán Avenabó tan confuso, y que mostraba gran despecho en su semblante, conociendo que era tiempo oportuno de entablar su traicion, le habló desta manera:

«Valeroso capitán, de clara y real sangre descendiente, de ánimo generoso, y de no menos valor que tus pasados fueron: un caso quisiera decirte, y no sé si lo haga. El rey me envia á tí con cien arcabuceros, para que te ayude y favorezca en una pretension, mas bien detestable que acertada; verdad es que el vasallo debe ser leal á su señor, y hacer en todo su mandamiento; mas si es caso de traicion, me parece que no queda desobligado haciéndola por su señor. Veamos ahora, valeroso Avenabó, ¿en qué razon clara cabe, ó qué real pecho consiente que una buena obra se pague con tanta crueldad como quiere usar el rey tu primo con aquellos que tan bien y lealmente le han servido, elevándole al estado en que está de tanta alteza? ¿Qué le ha hecho, di, el bando turquesco, ó en qué le puede haber ofendido? ¿Por ventura es ofensa haber pasado el mar de Berbería para darle socorro? ¿Se ha sentido agraviado de que el Ochalí, rey de Arjel, condescendiera á sus ruegos, enviándole un socorro tan bueno, y armas y provisiones para salir con su pretension, y estar puesto en el cuerno de la luna? ¿Acaso les ha hallado en alguna deslealtad, ó ne han hecho el deber en cualquiera ocasion? ¿Quiénes son los que se han hallado mas pronto en los encuentros de mayor peligro, y los primeros que se han presentado á la batalla? Ninguno por cierto se ha mostrado al enemigo con mas intrepidez y denuedo que los turcos; ¿pues qué crueldad y desagradecimiento es este de mandar que muera el bando turco? No sé qué me diga, ni de lo que desto sienta, sino que tu primo el rey, indigno de tal nombre, quiere vender nuestra sangre; y quien no lo conozca no tiene sentido. Pues tú, claro Avenabó, que gobiernas las turquescas banderas, ¿qué dices desto? ¿qué puedes esperar de un tirano? Veo que los capitanes mas principales que estaban en su campo le han quitado la obediencia y se han retirado. ¿Qué es de Gironcillo? ¿Dó está Zarrea? ¿A dó se fué Abenuaile? ¿Qué es del Derri, que el tirano mandó degollar? ¿Dónde está el Rocaimé, y otros muchos hidalgos que seguian sus banderas á espensas de sus bienes? No le hartan de sangre trescientos y cincuenta soldados degollados; no le hartan de dinero tantas haciendas usurpadas; no se abstiene de doncella que le parezca que le puede dar contento. ¿Y cuántas no ha estuprado? ¿Cuántas casadas no ha quitado á sus maridos? Veinte y dos mujeres le nozoco, y se sirve sin embargo de todas las demás, no guardando ley ni amistad. ¿Pues qué tirano hubo que tal hiciese impunemente? Yo no hallo, ó claro Avenabó, que haya tigre tan cruel, áspid tan venenoso, fuego que tanto abraze, ni torbellino que tanto asuele. Duélete pues de tí y de todos los que siguen las militares banderas; sé advertido, y tomando ejemplo en cabeza ajena, imagina que sobre la tuya podrá venir otro terremoto semejante. Ya ves el fin que tendrá la guerra que

traemos entre manos, si los turcos mueren, y los capitanes principales del campo andan fuera de la obediencia de su señor. ¿Qué será de todos nosotros? ¿Quién nos ha de defender? ¿Quién acaudillará las escuadras? ¿Quién vendrá á consejo en los casos de guerra? ¿Qué cuenta se dará al Ochalí; rey de Arjel? ¿Qué concepto formará el Gran Señor del reino granadino y sus gentes? ¡Oh, Avenabó ilustre, á quien real sangre alimenta. Derriba al tirano, y sé rey en su lugar; no aguardes á que mañana te postre por tierra, sin consideración á tus buenos y leales servicios; recoge á los capitanes ausentes, consueta á los soldados, muestra á todos tu real y agradecido pecho, mantén en paz y amor á los tuyos, estima el bando turquesco, y sigase la guerra, que yo te doy mi palabra de que el hado nos sea favorable, que el bando granadino salga con su pretension, y que á tí se atribuya la gloria de sus eredicadas hazañas y victorias, como es costumbre atribuir las á los valerosos reyes y esforzados capitanes.»

Muy atento había estado Avenabó Audalla á todo el razonamiento de Abenlguacil; encajándosele luego en el entendimiento dos cosas: la una el temor del tirano, y la otra el nombre de rey, sacándole la segunda de los apuros de la primera. Y como sea natural en los hombres el deseo de subir y valer mas, desde luego aceptó en su corazón el reinado. Maravillábase mucho la traición de Abenhumeya contra los turcos sin haberle ofendido, y echaba de ver que era verdad lo que decía Benalguacil, de que por la tiranía de su primo muchos capitanes y otras gentes principales se habían retirado, causando en el campo grande detrimento, y poniendo á todos en peligro de perderse. Acudió pues á dos buenos medios: el uno provechoso al común del reino, y el otro dirigido á la mayor honra y grandeza suya, animado ya del deseo de reinar. Con estos designios respondió así á Benalguacil: «por cierto habeis hablado como hombre valeroso y de buena consideración en las cosas de alta importancia. Yo, aunque no quiero ser rey ni mi corazón abraza tal deseo, tengo interés en que se mire por el bien de todos, y se corte el mal que de semejantes tiranías puede resultar, y por donde nos viniéramos á perder; y así bueno es para evitar tales peligros quitar á un tirano el mando y gobierno que ahora tiene, pues no faltará rey á quien de derecho le venga, y que dirija las cosas saludablemente. Vos, que sois de tan buen seso y prudente, disimulad, y en vuestra presencia se comunicará el caso á los dos valerosos capitanes turcos; consultemos su ánimo, que si ellos nos son propicios, todo quedará pronto remediado, el ejército estará seguro, y la guerra pasará adelante, placiéndole á Mahoma.» Diciendo esto, mandó luego que los cien soldados de Abenlguacil fuesen alojados con los demás turcos, y tomando á este de la mano, le llevó á su posada, donde estando juntos envió á llamar á los dos capitanes turcos, previniendo que tenía que tratar con ellos cierto caso reservado y de grande importancia. Luego pues que todos estuvieron reunidos, cerrada la puerta del aposento y sentados en sus sillas, el capitán Audalla Avenabó les habló desta manera:

«Valerosos turcos, fuertes capitanes, acostumbrados á seguir con indomable esfuerzo las otomanas banderas, y que ahora en España asistís á las granadinas, por cuyo favor y auxilio os habeis hecho dignos de dobles pagas y de eterno reconocimiento, adquirido por vuestro afán y trabajo en la guerra que llevamos contra los cristianos: habeis de saber que por mi parte y la de todo el escuadrón morisco sois queridos y estimados, como mereceis por vuestras obras. Solo hay uno que haga punta á vuestro valor, no mirando que está obligado á seros agradecido; antes bien ciego á este conocimiento, en lugar de galardonaros y recompensaros como correspondía á vuestro mérito, manda tiránicamente que en pago de vuestro esfuerzo se os mate, y á mí que sea el ejecutor de ta-

maña maldad y de una sentencia tan injusta. Pero como yo procedo de sangre real, y no cabe en mi ánimo generoso acceder á tal propuesta, considerando por el contrario que habeis sido gran parte de nuestro remedio, y que por vuestro esfuerzo hemos llegado á la grandeza que no tendríamos sin vosotros, quiero aclararme mas, y haceros saber que Abenhumeya Muley es el autor deste atentado. Pero también espero, con el favor de Mahoma, que el designio no pasará adelante, porque tengo pensado impedir que un tirano tan cruel gobierne mas el imperio granadino. Para esto, pues sois gente valerosa, quiero que al principio me favorezcáis, para que yo pueda favoreceros luego. Sois en todo cuatrocientos, y Abenlguacil tiene á sus órdenes otros cien arcabuceros, la cual fuerza es bastante para la primera entrada; pues muerto el tirano todo el campo estará de nuestra parte, hallándose harto ya de tanta sinrazon, y mirando como justo castigo su desgracia. Los ausentes capitanes se reducirán al servicio de las banderas granadinas, quitado de enmedio el autor de los agravios y el monstruo que los ha ahuyentado. Para que veais la verdad de lo que digo, y de que en mi pecho no se abriga traicion ni deseo de gobernar, tomad esa carta y leedla, que ella será la prueba mas cabal.»

Diciendo esto Avenabó sacó la carta, y se la dió á los capitanes turcos Caracacha y Mami, que dieron crédito á su contenido, no pudiendo apurar la falsedad. ¡Oh traicion bien entablada contra aquel mismo que la había hecho á Dios y á su rey! ¡Oh mezquino Fernando de Valor! cuán justamente viene el cielo á descargar sobre tí por tus maldades! Leida la carta por los valerosos turcos, que quedaron atónitos de semejante traicion, se resolvió al punto tomar venganza de aquel que nada sabia della; mas Dios lo queria así por los pecados del desventurado reyecillo. Caracacha le dijo á Avenabó: «tú has procedido como corresponde á la sangre real de donde vienes, y por eso serás rey, á pesar de todo el mundo que lo estorbara: desde este punto te juramos por tal, y te prometemos no desamparar tus reales banderas hasta morir, ó dar fin y cabo á la guerra comenzada. Si fuere menester, yo escribiré á mi rey el Ochalí para que envíe luego de socorro mil turcos, que pienso lo hará á mi ruego. Con esto, partamos luego esta noche, y vamos á Andarax, donde tomarás la corona, y nosotros tomaremos venganza de tamaño agravio, guardándose entre tanto mucho secreto.» Habiéndose acabado este trato y concierto contra el desventurado reyecillo, se salieron todos disimuladamente del aposento aguardando la venidera noche, y teniendo pronta la gente para marchar cuando la fuese mandado. Los dejaremos pues aderezando su partida, para tratar de otras cosas tocantes á nuestra historia, y volver al de Vélez, habiendo puesto primero un romance de lo pasado.

Abenhumeya contento
En Andarax residia:
Tratando en conversacion
Con Benalguacil un dia
De las damas mas hermosas
De toda la serrania,
Y él habiendo referido
Aquellas que conocia:
Le habló Benalguacil
De una amiga que tenia:
«Me has hablado de tus damas,
Señor, yo hablo de la mia,
Que no la hay mas hermosa
En toda la Andalucía:
Blanca es y colorada,
Como la rosa mas fina;
Tañe, danza, canta á estremo,
Que es un encanto el oírlo;
Es moza bella y graciosa,
Nadie vió tal en su vida.»
Abenhumeya de oírlo
Siente de amor la herida.
«Si te pluguiese, Alguacil,
Esa dama ver querria,
Solo por verla danzar
Y cantar con melodía.»
Alguacil se lo promete
Por hacerle cortésia.

Y aquella noche la lleva
Adonde Muley vivia,
Cantó la hermosa mora,
Y danzó como sabia:
Hase enamorado della
Abenhumeya; y decia
A Alguacil que se la diese
Que á él no le faltarian.
Alguacil dice que no,
Porque la dama es su prima,
Y que se quiere casar
Con ella, que era su vida.
Abenhumeya se enoja,
Y á Benalguacil decia,
Que le haria prender
Si en algo contradecía.
Con esto llama á la guardia,
Abenlguacil hula,
Defendiéndose de todos,
Y á la sierra se subia,
En donde halló otros muchos
A quien Muley perseguia.
Celoso y desesperado
Muy grande traicion urdia,
Haciendo un despacho falso
A Avenabó y su cuadrilla,
Que parecia del rey
Malvado puesta su firma,

En el cual manda que luego
Sin aguardar solo un dia,
Degüelle á todos los turcos,
Que es cosa que convenia.
Tomó Avenabó la orden,
Y vista su alevosia,
Se la revela á los turcos,
Y les dice que cumpla
Matar al ruin reyecillo.

Que así matarlos queria.
Los turcos ordenan luego
Para Andarax la salida,
Y dar cumplida venganza
Al agravio que sufrían.
Aquí pues los dejaremos
Ordenando su partida,
Por decir de nuestra historia
Lo que cumple que ahora siga.

CAPITULO XVII.

Que trata del levantamiento de Galera, y cómo el de Vélez fué sobre ella y la cercó. Pónese también la muerte del reyecillo por los turcos.

Corriendo la voz de la gran potencia del reyecillo por todos los lugares de los moriscos, y que además de estar su campo muy bien armado aguardaba todavía socorros de Berberia, los de la villa de Galera acordaron de levantarse. Esta villa era muy fuerte y populosa; y aunque estaba en tierra de cristianos, tenía al lado á la ciudad de Huéscar, que podría dar mucha gente de moros andaluces muy valerosos, y también otro lugar, llamado Orce, que levantándose pondría bastantes militares bien armados bajo de las moras banderas. Los de Galera comunicaron su designio á los moros de Huéscar y de Orce, y los hallaron propicios; en vista de lo cual escribieron al Maleh de Purchena dándole cuenta de su intento, y rogándole que les enviara alguna gente de secreto para alzarse. El Maleh les envió luego doscientos soldados bien armados, y entre ellos algunos turcos, diciéndoles que saltaran sin miedo, porque él iría á socorrerlos con mas gente, y esto mismo escribió á los de Huéscar y Orce. Los de Galera no aguardaron mas para poner banderas moras en su castillo y por todas las murallas, haciendo zambra y zalá públicamente. Como los moros de Huéscar estaban incorporados con cristianos viejos, no osaron levantarse al mismo tiempo que sus vecinos, y aguardaron á que antes viniese el Maleh: lo mismo concertaron los de Orce.

Los cristianos de Huéscar, que eran muchos y valerosos, se pusieron luego en arma, y tanto á los mancebos moriscos de la ciudad, como á todos aquellos de que podían recelarse, los encerraron en una casa grande que llamaban la Tercia, donde se recogian los diezmos propios del duque de Alba, y otros frutos de la tierra, como trigo, cebada, vino, lino, cáñamo etc. A otros que no eran de tanta confianza los pusieron en la cárcel y en mazmorras. Con esta seguridad los cristianos de Huéscar tomaron á toda priesa la vuelta de Galera, muy dispuestos á saquearla y quemarla, degollando á sus moradores levantados; pero no les avino como lo pensaban, porque llegando á Galera, y creyendo entrar allí fácilmente, dieron con mucha furia la voz de *Santiago y á ellos*, y al mismo tiempo recibieron de los de adentro una descarga tan fatal de arcabuceria, que muchos dellos quedaron muertos en el campo. Otros, queriendo entraren el pueblo, trabaron una batalla cruda y sangrienta con los que defendian la entrada, que eran muchos y valerosos, y los cristianos llevaban lo peor. Visto esto y que todos sus esfuerzos, desde la mañana hasta mas de mediodia, no alcanzaron á vencer el impedimento de la entrada, y que se destruían sus banderas, acordaron los cristianos la retirada y volverse á Huéscar, llevando los muertos y heridos que tuvieron.

Llenos de coraje, y ansiosos por vengar la injuria y daño que habían recibido en Galera, así como llegaron á Huéscar se golparon en tropel á la Tercia donde estaban encerrados los moriscos, y con el grito espantoso de *mueran los enemigos de la fe católica*, agujerearon con barrenas de cubos de carros las puertas del edificio, y por allí disparaban los arcabuces sobre aquella canalla reunida, matando á muchos dellos. Parecía hundirse la ciudad con la gritería que andaba; era tanta y tan espesa la humareda de la pólvora, que no se veían los unos á los otros; y desesperados los moros de verse matar en

aquel encierro, sin poder vengarse, tomaban piedras y palos gruesos para tapar los agujeros por donde les venia el daño, y que por ellos no pudiesen meter los de afuera los cañones de sus arcabuces. Muchos de los moriscos, trepando por las paredes y ayudándose unos á otros, subian á los tejados, desde donde hacian á los cristianos el mal que podian, disparándoles piedras y tejas, y andando así el negocio tan revuelto y encarnizado, que á no ponerse pronto remedio, toda la ciudad corriera grande peligro. La dicha casa del duque de Alba, llamada la Tercia, ardia por todas partes, y juntamente todas las provisiones y frutos que había en ella de leña, cáñamo, lino, trigo, cebada, aceite y demás articulos semejantes, de modo que ponía temor y espanto aquel espectáculo entre el alboroto, confusion y estrago de los dos bandos.

Quiso Dios por su infinita bondad que amainase aquella borrasca, llegando el corregidor en compañía de muchos caballeros principales, de bastantes soldados y gente armada, que hicieron retirar de la Tercia á la parte cristiana amotinada, cortándose aquel escándalo antes que la noche cubriese el suelo de sus oscuros semejantes, de modo que ponía temor y espanto aquel espectáculo entre el alboroto, confusion y estrago de los dos bandos.

Quiso Dios por su infinita bondad que amainase aquella borrasca, llegando el corregidor en compañía de muchos caballeros principales, de bastantes soldados y gente armada, que hicieron retirar de la Tercia á la parte cristiana amotinada, cortándose aquel escándalo antes que la noche cubriese el suelo de sus oscuros semejantes. Retirados los cristianos pudo el corregidor socorrer á los moros de la Tercia que no quedaron muertos ó heridos; pero muchos dellos habían huido por los tejados, y otros salieron entonces de la ciudad y se refugiaron en Galera, donde fueron bien recibidos de los que estaban dentro. Por ellos supieron estos lo que había pasado en Huéscar, y los de la ciudad, recelosos de algun peligro, se pusieron al punto sobre las armas haciendo cuerpo de guardia.

El capitán Maleh, después de haber enviado á Galera los doscientos soldados que tenía prometidos, había también empeñado su palabra sobre ir personalmente á la defensa deste pueblo; y sabiendo que los de Huéscar no solo habían salido de allí descalabrados, sino que después habían alevosamente asaltado á los moros inermes que tenían encerrados en la ciudad, salió de Purchena con diez mil hombres, todos buenos tiradores, y tomando la vuelta de Cantoria, se metió por la rambla del Box, llegó á la boca de Oria, y atravesando la sierra del Chiribel, tierras del marqués de Vélez, llegó á Orce, donde le estaban aguardando; allí dejó doscientos hombres para custodia y presidio de aquella fortaleza, y pasando á Galera durante el silencio de la noche, metió dentro otros doscientos, y algunos turcos entre ellos. En seguida pasó con su escuadrón á la huerta y viñas de Huéscar, donde todos se emboscaron sin ser sentidos, ni que tuviese nadie noticia dellos. Venida el alba, los de la ciudad estando sobre las armas acordaron de ir á dar una vuelta sobre Galera; y para que la gente estuviere apercebida, se tocaban cajas y las trompetas de la caballería. Luego vino noticia de que Orce se había levantado entrándole gente de socorro, y que en sus torres tenía banderas moras. Quisieron los cristianos ir á Orce inmediatamente, y estando para salir tocaron á misa de nuestra Señora las campanas de la iglesia mayor. Los de Maleh, que estaban emboscados esperando á que se abriesen las puertas de la ciudad para entrar en ella de tropel, luego que oyeron las campanas, las cajas y trompetas, creyeron haber sido sentidos en la ciudad, y para que no los cogieran desapercebidos se salieron á lo raso de las viñas, que era parte muy segura para que los caballos no les pudieran dañar.

Luego que los cristianos de Huéscar principiaron á salir por las puertas, descubrieron las banderas del Maleh, teniendo por milagro aquel suceso: ya era el dia claro, y gritando todos *arma, arma, moros, moros*, salieron caballeros y peones valerosamente para lanzar de allí á los moros; pero estos eran todos tiradores, y por las viñas, no pudiéndoles entrar los caballos, peleaban á su salvo